

AÑO V.—N^o 9 A 12.—OCTUBRE DE 1923

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

DIRECTOR :

DR. EMILIO ROBLEDO

Agente General:

CARLOS A. MOLINA

Secretario de la Corporación.

CONTENIDO:

La Fiesta de la raza, por <i>Estanislao Gómez Barrientos</i>	283
Criptografía.....	302
Reglamento de la Academia Antioqueña de Historia.....	315
Memoria del Secretario de la Academia.....	319
Las Ruínas de Cuienilco.....	323
¡Ave María! Nociones sobre creencias, usos y costumbres de los Catíos del Occidente de Antioquia.....	335
Copia de una carta original de F. J. de Caldas (conservada en el Museo de N. Pamplona)..	348
Notas sueltas.....	349

IMPRENTA OFICIAL. MEDELLÍN

Director, *Ricardo Jaramillo R.*

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Director : Dr. EMILIO ROBLEDO

Presidente de la Academia.

AGENTE : CARLOS A. MOLINA, SECRETARIO DE LA ACADEMIA

AÑO 5º

MEDELLÍN, OCTUBRE DE 1923.

Ns. 9 a 12

LA FIESTA DE LA RAZA

Por Estanislao Gómez Barrientos.

Señores :

La "Academia Antioqueña de Historia", reunida hoy 12 de octubre, en este recinto de la Universidad para conmemorar el descubrimiento de América y al propio tiempo, lo que en la península ibérica se denomina "la fiesta de la raza", todo lo cual es de estatuto en nuestro centro de estudios históricos, ha tenido por conveniente designar a uno de sus miembros, mas no al más importante, para discurrir, ante este respetable auditorio, sobre el magno asunto; y el Comisionado, ya que no posee las dotes del bardo para cantarlo dignamente, en el lenguaje inspirado y florido de un poeta excelso, a lo D. Angel Saavedra, D. José Joaquín Ortiz, Núñez de Arce, D. José Zorrilla o nuestro cantor de Gonzalo de Oyón, habrá de limitarse a emplear la sencilla

prosa del narrador, para echar una breve ojeada a algunos de los hechos más culminantes de España al terminar el siglo XV, época en que la Península ibérica, logrando eliminar las causas de desconcierto y anarquía, tras largas y porfiadas contiendas, consiguió la completa independencia de su territorio y el afianzamiento de la Unidad nacional, bajo el cetro de los Reyes Católicos, y se puso en capacidad de apoyar la grandiosa empresa del egregio Almirante descubridor del Nuevo Mundo.

Extenderáse también la disertación a algunas consideraciones referentes a las condiciones características del puñado de vascos, asturianos y castellanos viejos y uno que otro gallego, extremeño o andaluz que, emigrando de la Madre Patria, penetró a las abruptas montañas de la Provincia de Antioquia, estableció en ella sus lares y transmitió a sus descendientes y a los demás habitantes de este suelo la fe cristiana, la lengua española, los hábitos de la familia morigerada y piadosa, las costumbres de orden, subordinación, frugalidad y economía de los laboriosos montañeses del Norte de España, y en resumen, la adhesión a los fueros municipales, condiciones todas ellas que contribuyeron con eficacia a la colonización y desarrollo moral e intelectual de la antigua Antioquia y posteriormente, al funcionamiento en ella del régimen representativo, así como al gradual progreso de la riqueza pública y de la cultura, que ella suele traer consigo.

Es de advertir que la fiesta de la raza ha sido iniciada en la Península, a moción de sujetos de espíritu cultivado y de ánimo elevado y generoso, especialmente con el objeto de propender al acercamiento espiritual y a la fraternidad de los pueblos que en el continente americano estuvieron bajo la influencia del estandarte de la monarquía española y después de constituirse en naciones indepen-

dientes establecieron relaciones amistosas con la Madre Patria.

I

El pueblo español es un conglomerado de diferentes elementos étnicos que, teniendo por base la raza primitiva de los celtiberos, se fué mezclando con el latino, el suevo, el godo, el vándalo y otros de los que afluyeron a la Península desde los tiempos de la dominación romana; pueblos que después de la rota del Imperio Visigodo a las márgenes del Guadalete, fueron constituyéndose en pequeños Estados afectos a la fe católica, y durante siete u ocho siglos estuvieron en pugna porfiada contra el poderío de la Media Luna, o de la Morisma, como ellos decían, desde las breñas de Covadonga, bajo el mando del intrépido D. Pelayo, hasta la famosa batalla de las Navas de Tolosa, donde bajo la confederación de varios reyes, se vio en la lid a briosos príncipes y a esforzados caballeros de las órdenes militares de Santiago, Alcántara y Calatrava, unidos a la infantería de los Municipios, todos entusiastas al grito de guerra de "Santiago, cierra a España", y luégo en la toma de Sevilla, Córdoba y Jerez, obtuvieron la recuperación de Andalucía, empresa gloriosa, que vino a rematarse a fines del siglo XV, cuando, merced a circunstancias providenciales, se pudo lograr la concentración del poder político de España en manos de D. Fernando y D^a Isabel, reyes respectivamente de Castilla y Aragón, quienes dado aquel paso trascendental de la unión de los dos reinos, en que se incluían los antiguos principados de Asturias, Galicia y Cantabria, Castilla, Navarra, Cataluña y Valencia, y aplicaron con empeño su fuerza a la conquista de Granada, último baluarte de los Moros, y logrado esto, que fué el último eslabón para la consolidación de

la Unidad de España; entonces se acercó a la Corte de los Reyes Católicos el desconocido marino genovés que respondía al nombre de Cristóbal Colón, quien, al concedérsele audiencia, logró interesar en favor de su empresa de descubrimientos marítimos hacia el Occidente, a la magnánima Reina D^a Isabel, quien no poco escasa de fondos en el Tesoro de Castilla para subvenir a los gastos de la Expedición, hubo de dar generosamente sus propias joyas como garantía del empréstito contraído con tal fin.

II

Entonces pudieron darse a la vela, desde el puerto de Palos de Moguer, las tres frágiles carabelas que conducían al grande Almirante y a sus atrevidos compañeros de navegación, quienes aventuraron la existencia en la travesía de las olas embravecidas del océano Atlántico, entonces desconocido para los europeos, hasta dar en las playas de Guahananí, que fué el principio de nuevos y sucesivos descubrimientos al través del mar Caribe, y de allí que el Almirante, en su cuarto viaje, diese con las costas que denominó de la Tierra Firme, donde, al correr de los tiempos, se ofreció vasto espacio a ambiciosos y valientes Capitanes para avanzar en sus descubrimientos y hazañas de exploraciones y conquistas, en aquella parte de la vastísima región del Nuevo Continente que vino a ser el Nuevo Reino de Granada. Este fué el teatro de la actuación de uno de los más ilustres caudillos de la expedición sobre los dominios del Zipa, el Adelantado D. Gonzalo Jiménez de Quesada, que era letrado y oriundo de la Granada española.

En esta región del Nuevo Mundo pusiéronse de manifiesto la previsión, tenacidad de propósitos, valentía y esfuerzo de caudillos de primer orden, al

modo de Quesada y Belalcázar, por muchos aspectos no inferiores a Hernán Cortés y Pizarro, que tuvieron por campo de sus hazañas imperios de mayor lustre y nombradía, como fueron los de los Aztecas y los Incas.

Entonces, no hallando el genio militar español suficiente cabida en España para su vida de lides y aventuras, se desbordó en la Península y se derramó por Italia y Flandes y hacia las ignotas comarcas del Nuevo Mundo, en busca de ellas.

Habiendo plétora de valor y esfuerzo para empresas arriesgadas dentro de la Península ibérica, los elementos superabundantes se esparcieron por luengas y lejanas tierras, en busca de riquezas y nombradía, como era natural. ¿Quién habría sido suficientemente poderoso para contener el brío, la ambición y el empuje del pueblo español dentro de los límites de la Península, cuando ya no había en ella morisma que pudiera oponerse a su necesidad de expansión?

III

Pasemos ahora a la Provincia de Antioquia.

Los puñados de expedicionarios españoles que pisaron el territorio de "Entre los dos ríos", a mediados del siglo XVI, los unos bajo las órdenes de Vadillo, otros bajo las del Mariscal Jorge Robledo; otros que venían del Sur bajo el mando del Adelantado D. Sebastián de Belalcázar, hasta su fatal encuentro con Robledo, que sucumbió en las lomas de Pozo; y otros que, bajo la bandera del Maestre de Campo D. Francisco Martínez de Ospina, cruzaron desde las ardientes llanuras de Mariquita hacia el Occidente, hasta la villa de Nuestra Señora de los Remedios por él fundada, ¿a qué venían? ¿qué buscaban?

—El oro, o la gloria efímera de los descubrimientos y conquistas y probablemente asegurar sobre base firme su dominación personal. Y a uno que otro lo estimularía el noble anhelo de contribuir a la empresa de extender los dominios de la fe católica.

Pasado el fervor de aquellas conquistas, desaparecida ya la generación que en ellas intervino, fueron internándose paulatinamente en el territorio de la Gobernación de Antioquia otros individuos más pacíficos y laboriosos, procedentes de España, que venían a buscar medios de fortuna que les permitiesen regresar algún día a la Madre Patria para disfrutar en ella de una vida más cómoda y holgada; pero, como bien lo dice el refrán castellano: “El hombre pone y Dios dispone”, la mayor parte de esos inmigrantes, conformándose con su suerte de pobreza, echaron arraigo en su nueva patria, contrajeron vínculos matrimoniales, y como la tierra estaba no poco incomunicada con las provincias vecinas y escasa de vituallas, hubieron de consagrar su actividad y esfuerzo a producir lo necesario para la subsistencia.

Los peninsulares de quienes se trata, ¿de qué condiciones eran?

—A esto respondió el sabio escritor D. Mariano Ospina Rodríguez, va ya para medio siglo :

“La población española se componía de los hijos de los conquistadores y de los labradores de Castilla, de Vizcaya y de lo interior de Andalucía, que penetraban a nuestras montañas atraídos por la fama seductora del oro que contenían las arenas de sus ríos: gentes piadosas, sencillas, trabajadoras y económicas, enteramente extrañas a las costumbres y resabios de las grandes poblaciones. Los pillos de playa, los truhanes y pisaverdes de los pueblos litorales y de las ciudades populosas de España se aventuraban rara vez en la impracticables y desiertas sendas que conducían al interior de la Provincia de Antioquia. Si algunos cometían la imprudencia de internarse, mal avenidos desde luego con el áspero manejo del hacha y de la barra, hallaban el oro mucho más costoso de lo que se habían imaginado y dejaban pronto el país para ir a buscar en otra parte ocupación más análoga a sus hábitos.”

Adviértase que la Provincia de Antioquia, al cabo de medio siglo después de la invasión española, era un país casi desierto y pobre, a pesar de que existían ricas minas de oro en los aluviones de los ríos y arroyos, para el trabajo de los cuales ocurrieron los empresarios a la importación sucesiva de pequeñas cuadrillas de esclavos, traídos de Cartagena y procedentes de tribus africanas.

En algunos lugares existían restos de la primitiva población indígena, que hoy se ve en gran parte mezclada con los descendientes de la raza conquistadora y con la importada de las playas africanas.

La población procedente de la emigración de España venía, en parte muy principal, de la Vasconia y de las provincias vecinas, que tenían costumbres análogas, y bien sabido es de los etnólogos que la raza vasca o éuskara, que posee las condiciones de los celtas de la Península y de varios provincias de Francia, como el Bearne y la Bretaña, así como los de Irlanda y el país de Gales en Inglaterra, ha sobresalido por la adhesión a sus creencias y a los fueros municipales, por la laboriosidad y las costumbres de la familia arreglada y sencilla, por la lealtad y otras condiciones caballerescas que influyeron sin duda, andando los tiempos, en el desarrollo intelectual y moral de la población antioqueña, la cual por una u otra manera contribuyó de un modo eficaz a la obra de la emancipación del antiguo virreinato, desde el movimiento inicial de 1810.

Pero volvamos atrás :

“Los hijos de los conquistadores, que no tuvieron aquí ricas encomiendas de indios que explotar, y los españoles a quienes la codicia del oro atraía, dijo el Dr. Ospina, se vieron obligados a trabajar personalmente en la agricultura y en las minas al lado del esclavo. Esta circunstancia fué grandemente favorable para los desdichados africanos importados y para sus descendientes. El esclavo era tra-

tado en Antioquia con el afectuoso interés con que el pobre labrador suizo cuida su vaca y su ternero.”

Cuando se fundó la villa de Nuestra Señora de la Candelaria, o sea de Medellín (en 1675), la población de la ciudad de Antioquia, que era la capital de la Provincia, “no pasaba de 2,000 almas; existían con el nombre de ciudades cuatro caseríos muy pobres, Arma, Remedios, Cáceres y Zaragoza, y 17 pueblos muy reducidos, entre ellos Guamocó, Ayapel y San Jerónimo del Monte, que fueron segregados y unidos a la Provincia de Cartagena. De las poblaciones que entonces quedaron perteneciendo a lo que en 1875 constituía el Estado de Antioquia “no tenían acaso más de 25,000 habitantes de las tres razas, que habían empezado ya a mezclarse.”

El valle de Aburrá, desde las cumbres de San Miguel hasta la confluencia del Riogrande con el Medellín, contenía apenas, en 1675,—280 dueños de casa y una población total de 3,000 habitantes. . . .

“Las condiciones de la escasa población del país constituían una jerarquía natural que la revolución de 1810 desbarató. Ocupaban el primer peldaño los esclavos; el segundo, los humildes indios que habían sobrevivido y formaban aduares separados, sin pretender salir de la primitiva y mezquina parsimonia de su pacífica barbarie; seguían en la escala los hombres libres de sangre mezclada; quedando el primer rango social para la población blanca de pura raza española, que constituía una tosca y honrada aristocracia cuya superioridad nadie ponía en duda.

“Esta sencilla y patriarcal aristocracia, más pura, más honrada, más justa y laboriosa que la que dió nacimiento al patriciado romano, no vivía como aquélla, de la guerra, la rapiña y la opresión: labraba el campo o se internaba en las selvas para descubrir y trabajar los aluviones auríferos; austera y parca, iba descalza y sencillamente vestida, y manejaba con destreza el hacha y la azada, la barra y el almocafre. El trabajo manual en la agricultura era tenido, como en los primitivos tiempos de Roma, en grande estima, y el duro trabajo de las minas era igualmente honrado. El esclavo trabajando a la par con su señor, no se sentía humillado y consideraba su suerte llevadera. El nieto del conquistador que había venido a ser pobre, no repugnaba trabajar a jornal, ni se consideraba por ello inferior al rico que le pagaba el salario. De aquí ese sentimiento de altivez que caracteriza la población antioqueña de todas las clases.

“Era para concurrir a las festividades religiosas únicamente, que las señoras y los magnates reservaban sus ricos vestidos y sus galas. En las fastuosas fiestas de Nuestra Señora de la Candelaria, patrona de la villa de Medellín, que duraban diez y nueve días, aparecía la población transformada; y era entonces solamente cuando se percibían bien las clases sociales ocupando cada una el puesto que le correspondía. Aunque Medellín esté hoy (en 1875) diez veces más rica y más poblada que entonces, las fiestas y regocijos públicos de hoy no son sino una sombra oscura y fea de aquellas fiestas populares. Se exhibían entonces elegantes y alegres cabalgatas; se lidiaban toros bravos en la plaza principal y la juventud rica y elegante hacía alarde de fogosos caballos y de su fuerza y destreza en la equitación, ya jugando con la fiera por medio de la ligera garrocha, ya dándole muerte con el duro rejón; se daban refrescos públicos; se quemaban costosos aunque sencillos fuegos artificiales; se representaban en las plazas dramas piadosos, títeres y maromas; todo en honra de la Virgen, y como un apéndice a la pompa y solemnidad de las funciones sagradas, que se celebraban con indecible recogimiento y fervor. Todo tenía un carácter religioso, que lo hacía más grato y más popular. Después de once meses del más constante y enérgico trabajo, en los campos, en los bosques, en las minas, la población entera se entregaba anhelosa a los actos del culto y al regocijo inocente. Las fábricas de aguardiente, que hoy (1875) vierten perennes noche y día, como la catarata del Tequendama, sus letales corrientes, las fábricas de aguardiente ahí eran entonces desconocidas en la Provincia de Antioquia; introducíanse algunas botellas de licor como droga de botica.

“*En punto a ilustración*, hay poco que decir. Las familias más acomodadas enviaban al segundo o tercero de sus hijos a Santa Fe (Bogotá), a estudiar para que recibiera las órdenes sagradas, y disfrutara las capellanías de la familia. Algunos pocos recibían la borbolla de doctor y solía suceder que uno u otro de esos letrados, no sintiéndose con vocación para el sacerdocio, tomara otro destino. Perteneciendo el Clero a la porción más rica de la sociedad y siendo el depositario del saber, era altamente respetado y su conducta lo hacía digno del respeto que se le tributaba. Bajo la dominación española los establecimientos de enseñanza pública eran por lo común obra de la Iglesia. En la América española eran los Seminarios conciliares y los colegios que las comunidades religiosas abrían en sus claustros, los que daban la enseñanza de las letras y las ciencias. Como en Antioquia no hubo en aquellos siglos ni Obispo ni comunidades religiosas, no hubo tampoco Colegio. A mediados del siglo pasado (el XVIII) había emprendido la insigne Compañía de Jesús fundar en Antioquia un colegio y cuando en ello trabajaba llegó el brutal decreto de su expulsión y puso punto a la obra.

“Las escuelas de primeras letras eran rarísimas; pero había ciertos maestros ambulantes que en las casas de las personas más ricas enseñaban las primeras letras a los niños de la familia. Los libros, aun los de pura devoción, eran una rareza que pocos conocían.

“Pero aquella población iletrada conocía el catecismo católico, comunicado tradicionalmente, y en él hallaba la ciencia social bastante para ser honrada, leal y veraz, llena de dignidad personal; su palabra valía más que una escritura, y su buen sentido (práctico) la habilitaba suficientemente para ejercer con rectitud el gobierno municipal y la administración de justicia en primera instancia que la autoridad real le había abandonado.

“Enaltecida, respetada y querida la autoridad pública se hacía acatar y obedecer sin necesidad de fuerza. Su ejercicio era altamente apetecido: la vara de Alcalde ordinario que el Cabildo daba en las ciudades y villas el 1º de enero a dos vecinos notables, era un honor tan apetecido como el ser hoy (1875) Presidente del Estado; aunque aquel cargo no tenía sueldo, y era notoriamente gravoso, porque el Alcalde, que rarísima vez era un letrado, tenía que pagar un asesor privado que lo dirigiera en la administración de justicia.”—(“El 2º Centenario de Medellín”, por M. O. R.—*La Sociedad*, Nº 179).

IV

Influencia de los vascos en Antioquia.

En Antioquia, como en otros lugares de la América española, ejerció el elemento vasco-asturiano poderosa influencia en la formación de un medio social en que figuraban entre los rasgos característicos: la familia arreglada y cristiana, en que la voz del padre era cordialmente acatada y obedecida, en que el respeto al Párraco era una norma, y sobre todo, las familias que moraban en las casas del campo practicaban todas las operaciones conforme a regla fija. Se levantaban temprano, generalmente al amanecer, rezaban las oraciones de la mañana, a veces en comunidad, se tomaba el parco desayuno y cada uno empezaba su tarea en el trabajo doméstico, rural o minero, según el caso; el almuerzo y la comida, temprano, generalmente a las 9 y 2; se recogían a la cama a las 7 u 8 de la noche, después del rezo del Rosario y de una merienda o cena frugal. Así criaron sus hijos el célebre caballero asturiano D. Juan Vélez de Ribero, el cultivador de la caña de azúcar en la famosa vega de la Sabaneta (Envigado) quien dejó larga descendencia, y muchos otros campesinos metódicos y honrados; y todavía por 1860 veíanse tipos de este género, como el Sr. Ramón Salazar, vecino del Peñol, quien entre las 3 y 4 de la mañana entonaba himnos de alabanza al Criador y al Redentor del Mundo, al Padre de la Luz; hacía que

todos los suyos se asociasen a la oración matinal, aprovechasen la madrugada, fuesen al pozo a lavarse, tomasen el desayuno y se dispusiesen al trabajo en las tareas de su incumbencia.

Entre los habitantes de la Provincia de Antioquia, en los siglos XVII y XVIII, estaba muy de moda, como en Castilla y en otras provincias de España, el comprobar que la hidalguía consistía en descender de progenitores pertenecientes a familias legítimas cuyos padres y abuelos habían merecido se les honrase con los cargos de diputado al respectivo Ayuntamiento, Mayordomo de Fábrica o de la Cofradía del Santísimo, y no satisfechos con esto, en las probanzas de algunos se hacía alarde de que sus ascendientes procedían de hidalgos notorios, sin haber sido matriculados entre los mercaderes y pecheros (como si el trabajo en el comercio y el pago de las contribuciones municipales pudieran ser considerados como motivos de deshonor), y otros se empeñaban en dejar constancia en tal documentación de que su progenie no participaba de la sangre de moros y judíos ni penados por el Santo Oficio.

Y si descubrían que entre sus progenitores o sus parientes colaterales habían figurado algunos caballeros de las tres órdenes militares de Castilla, o de la de San Juan de Jerusalén, y con derecho a llevar escudo de armas, no omitían dejar constancia del hecho y procurarse la probanza del caso.

De la Vasconia y de las demás comarcas circunvecinas eran los españoles que trajeron a Antioquia los apellidos de Aguirre, Aldana, Alzate, Aránzazu, Arbeláez, Aristizábal, Arteaga, Arroyabe, Arrubla, Atelhortúa, Baêna, Barreneche, Berrío, Bolívar, Bustamante, Castañeda, Chavarriaga, Echa-güe, Echavarría, Echeverri, Elejalde, Elorza, Gavi-ria, Isaza, Londoño, Lorenzana, Mariaca, Marulan-

da, Mendoza, Mondragón, Montoya, Obeso, Ochoa, Martínez de Ospina, Orozco, Ossa y Goyás, Palacio, Saldarriaga, Sarrazola, Solorzano, Taborda, Upegui, Uribe, Uruburu, Urdanegui, Urnieta Urreta, Yarza, Zabala, Zulueta, Zulaibar, Zuluaga.

De troncos asturianos : Arango Valdés, Bustamante, Castaño, Castrillón Bernaldo de Quirós, Carbajal, Ceballos, De la Calle, Duarte, Díaz, Escalante, Estrada, González, Gutiérrez, Hoyos, López de Restrepo, Loaiza, Puerta, Pineda, Posada, Salazar, Tobón, Vélez de Ribero, Ribera, De Villa.

De Castilla la Vieja, reino de León etc.: los apellidos Abad, Acebedo, Alarcón, Arellano, Arnedo, Arias, Barrientos, Beltrán, Bermúdez, Bernal, Cadavid, Callejas, Cambas, Cano, Cardona, Cárdenas, Campuzano, Campillo, Carrasquilla, Duque, Enríquez, Garcés, García Ordás, Gómez, Guzmán, Fernández, Flórez, Hinojosa, Henao, Hernández, Heredia, Herrera, Jiménez, López, Lopera, Llano, Macías, Martínez, Mejía, Metaurte, Monsalve, Ortega, Ortiz, Paniagua, Pardo, Peláez, Piedrahita, Pino, Prieto, Rondón, Ribera, Ríos, Santana, Santa María, Salcedo, Santillana, Sánchez, Serva, Sañudo, Sierra, Soto, Suárez, Del Valle, Vallejo, Velásquez, Villegas, Rodríguez de Zea y Zelada.

De Extremadura : Alvarado, Alvarez del Pino, Belalcázar, Correa, Cortés, Escobar, Escobedo, García Hidalgo, Jaramillo de Andrade, Mosquera y Figueroa, Obando, Tamayo, Vásquez Romero y Zafra.

De Galicia : Bermúdez de Castro, Ferreiro, Lema, Madriñán, Mauris, Misas, Ureña.

De Andalucía y la Baja Extremadura : Acosta, Agudelo, Barreda, Cobaleda, Gómez Barroso, Fernández de Córdoba, Fernández de Latorre, Gónima, Guerra, Lince, Mesa, Ramos, Ramírez, Ruiz de la Parra, Tirado, Toro, Valencia, Zapata Gómez de Múnera.

De Aragón : Molina, Ferrer, Urrea.

De Granada: Robledo.

De Portugal: Abreu, Ferreira, Pereira, Tabares, Vieira.

De las Canarias: Angel del Prado, Betancourt [de origen francés].

De Italia: Botero, Pizano.

A lo dicho no se opone la circunstancia de haber nacido varios de esos colonos en otros lugares, que no eran precisamente los de la procedencia de sus apellidos.

El elemento vasco-navarro, que en las cosas de la milicia ha sobresalido por la energía, la constancia y la tenacidad de propósitos, rayando en algunos tipos a la altura de San Ignacio de Loyola, D. Antonio de Oquendo, Juan Sebastián El Cano, D. Cosme Damián Churruca y D. Tomás Zumalacárregui, ha tenido no poca influencia en la política y en la guerra en diferentes países del Continente Americano, mereciendo especial mención D. Agustín de Iturbide en Méjico, el Libertador Bolívar y el General Urdaneta, en Venezuela, el General Obando y el Dr. Ospina Rodríguez en la Nueva Granada, y en la República de Chile los Eyzaguirre, Larraín, Errazuris y otros de los organizadores de la independencia y administración ordenada de aquel floreciente país.

En lo tocante al atraso de la Instrucción Pública en la Antioquia del siglo XVIII, así como a la pobreza general entonces dominante en ella, para formarse una idea cabal se hallan datos en dos opúsculos importantes de D. Tulio Ospina: su excelente estudio biográfico del benemérito Oidor y Visitador Sr. Mou y Velarde, y en la Conferencia que hizo en presencia de las tres Academias, en

1913, durante la festividad del Centenario de la Independencia de Antioquia.

(Véase el *Repertorio Histórico* de 1914, números 1 a 4 y de 1918 números 9 a 11.)

V

El tránsito de las costumbres.

El Dr. Ospina Rodríguez, que poseía extensos y profundos conocimientos en Economía Política y en los demás ramos de lo que hoy se denomina Sociología, como en muchos otros, consideraba que la base fundamental e imprescindible de la civilización consiste en la morigeración de las costumbres, elemento esencial del desarrollo gradual de la riqueza pública, de la instrucción y de la cultura social; y discurriendo (en *La Sociedad* N.º 146) sobre las condiciones morales de nuestros antepasados, dijo medio siglo atrás:

“Nos duele que se abandonen o cambien usos, costumbres y prácticas útiles o inocentes, no con el fin de mejorar, sino para imitar, como moral, lo que se hace en otras países. Lo que en nosotros excita este sentimiento, es el que profesamos grande amor y estimación a nuestros antepasados; y estamos muy distantes de pensar que la generación actual valga más que ellos.

“Nuestros abuelos eran indudablemente más ignorantes que la generación actual; pero estaban libres de la charlatanería y de la fatuidad que los conocimientos superficiales que poseen los hombres de hoy han desarrollado en ellos. Los habitantes del antiguo virreinato de Santafé superaban grandemente en probidad, en lealtad y en dignidad personal a los actuales republicanos. Los atenienses del tiempo de Demóstenes, eran, sin duda, mucho más doctos que los del tiempo de Milcíades; pero ¿quién no estima a éstos mucho más que a aquéllos?

“—El saber es una gran cosa; pero la posesión de elevados sentimientos morales, y la dignidad personal, que es su consecuencia, son más dignas de estimación y de respeto. ¿Quién no preferiría contar entre sus abuelos a los romanos Camilo o Fabricio más bien que a Ovidio, el poeta docto y corrompido?

“Los pueblos que aman y aprecian a sus antepasados, se apegan naturalmente a sus costumbres; ven en las antiguas prácticas recuerdos gratos y respetables; aman con entusiasmo o y procuran conservar los monumentos que les han dejado en herencia, no por su magnificencia, por su mérito artístico, sino como reliquias venerables de sus progenitores; y viven y se gozan en los tiempos que pasaron. Esto alimenta el patriotismo, engendra y desarrolla aquel senti-

miento altivo y generoso de la nacionalidad, que constituye el carácter de los pueblos grandes, no por la extensión de su territorio o lo numeroso de su población, sino por el espíritu que los animaba, y que los hizo ejecutar tan grandes cosas, que al través de los siglos imponen la admiración y el respeto a todas las naciones.”

“.....Se ha acusado siempre a las mujeres de ser más propensas que los hombres a abandonarlo todo por seguir la Moda..... Se mantienen cuidadosas, aguardando los figurines de la “Moda Elegante” para arreglar sus peinados y sus vestidos de ostentación, por lo cual no pensamos reñirlas, pero (las antioqueñas) en la parte seria de sus costumbres guardan hoy intacta la austeridad de sus abuelas..... El progreso apetecible es el de la civilización, que consiste en aumentar la moralidad, el saber y la riqueza..... El verdadero y sólido adelanto del saber requiere trabajo y tiempo, que no se quieren tomar los que se creen sabios con haber leído a Bentham y a Tracy, recorrido algunas novelas y hecho algunas coplas.....”

D. Tulio Ospina, en su aludida e interesante conferencia, atribuye a los habitantes de las provincias montañosas del Norte de España, de donde procedían la mayor parte de los españoles que vinieron a Antioquia, los rasgos característicos de la intrepidez, la frugalidad, la laboriosidad y la honradez y consideraba que aquella gente se aclimató fácilmente en este macizo de montañas, “donde halló campo más amplio para acrecentar aquellas cualidades, que son como el acervo primitivo y fundamental del carácter antioqueño.”

Según el ilustre profesor nombrado “los negros africanos se hallaron en Antioquia en condiciones felices para asimilarse con rapidez en sentimientos y costumbres a sus amos. Con motivo de la pobreza de éstos eran muy pocos los que tenían más de un pequeño número de familias de esclavos, casi siempre servidores domésticos, que vivían en la misma casa que sus dueños; de suerte que los hijos de unos y otros crecían juntos y se amaban y estimaban mutuamente.

“En las labores de la minería y la agricultura, como el amo, gracias a la vida patriarcal de aquellos tiempos, trabajaba al lado del esclavo, éste no se sentía envilecido y deprimido. Por otra parte, se les permitía a los esclavos adquirir fondos propios, mediante labores extraordinarias, lo cual les hacía redoblar su actividad y aguzar su inteligencia para los negocios, a fin de tener algún auxilio para redimirse. De aquí que en el curso de dos siglos los negros fuesen adquiriendo ideas y sentimientos semejantes a los de sus amos; de aquí el que, cuando se decretó la manumisión, no quisiesen muchos de ellos abandonar las casas de éstos, donde eran amados y considerados.

“De la benevolencia de los blancos antioqueños para con sus esclavos tenemos pruebas notables en la Historia. En pleno régimen colonial, Lorenzo de Agudelo dió libertad a cerca de 100 negros, a

pesar de que ello le costó el ser condenado a presidio por las autoridades españolas; y antes de que se expidiese la ley de manumisión —en lo cual se anticipó Antioquia al resto del país—el magnánimo sacerdote Jorge Ramón de Posada [Cura de Marinilla] manumitió 83 esclavos y les distribuyó gran parte de su fortuna.”

Por motivo de sus estudios lingüísticos y de lo que de ellos infería, en relación con lo raza, opinaba el Sr. Ospina, que los indios que habitaban en las cordilleras central y occidental de Colombia, en la parte perteneciente a los Departamentos antioqueños y al del Valle,

“no eran de raza mongólica sino blancos de los que Quatrefagues llama *alófilos*, lo que le parecía probable, al ver su nariz recta o aguileña, su boca fina, sus ojos horizontales y al considerar su carácter independiente y altivo, y su aptitud para las artes y el comercio..... Por eso nuestra población indígena, al cruzarse con los colonos vascos, que tenían a su vez mucho de alófilos, no produjeron los tipos anómalos y desequilibrados que tales mezclas suelen engendrar, sino que aquello fué como el ingerto de una planta cultivada que se hace en otra rústica, de la misma especie, para obtener productos armónicos y fecundos.

“Así es como se han fundido en una misma masa elementos al parecer tan discordantes; y ayudando la influencia que ejerce el medio para asimilar cuantos viven bajo su acción, y la selección instintiva, que hace que cada cual busque para casarse una mujer de tipo mejor que el suyo—por lo que ha predominado extraordinariamente la raza blanca—que es además la más prolífica, se formó el tipo antioqueño, que aunque muchos de sus individuos muestran mayor parentesco con una u otra de las tres razas refundidas, es ya característico, y reconocido en toda la República y lo será cada día más con su cuerpo alto, esbelto y musculoso, cara ovalada, nariz recta o aguileña, frente elevada, ojos grandes y vivos, cabellos y barba abundantes.

“La robustez del antioqueño procede de haber tenido nuestros progenitores que ganarse la vida luchando brazo a brazo con una naturaleza bravía, ya destrozando rocas en las entrañas de los montes, y removiendo pedrejos en los lechos de los torrentes y los ríos, para procurarse el oro, ya descuajando selvas milenarias, para cultivar los frutos que habían de alimentarlos.”

Un viajero de origen vascongado, religioso de la Compañía de Jesús que visitó a Antioquia, y por cierto doctísimo en ciencias físicas, el R. P. Zabala, en una instructiva conferencia sobre Agricultura expresó la simpatía que le inspiraba el pueblo antioqueño, no sólo por la semejanza del suelo profundamente accidentado de estas montañas con las de Cantabria, sino también por la de las cos-

tumbres de los campesinos, los cortijos, los cultivos, las casitas blancas que observaba desde lejos, situadas en las eminencias de las cordilleras y sus ramificaciones, el espíritu hospitalario de los habitantes y su afición a adquirir medios de fortuna suficientes para asegurar la independencia individual.

A fines del siglo XVIII, uno de los sacerdotes de la Provincia más instruidos y benéficos, el Dr. D. Alberto María de la Calle, estableció en Envigado, su tierra natal, una casa de segunda enseñanza, por algunos denominada Seminario, y contó entre sus discípulos aventajados al hijo de una de sus sobrinas, nombrado José Manuel Restrepo, a quien estimuló a trasladarse a Santa Fé, para adelantar su educación profesional. Este distinguido joven, extendiendo bastante sus conocimientos, vino a ser hombre muy notable, útil operario en la obra de la organización de la República, al lado de Bolívar y Santander, y el Polibio que relató la historia de la emancipación del país. Este repúblico reconoció en otro escrito, que en esa obra influyó favorablemente la conducta del Clero de Antioquia, pues de 70 eclesiásticos que había en ella, acaso no pasaron de diez los que simpatizaban con la causa del Rey y aun éstos fueron prudentes en la manifestación de sus sentimientos.

Así fué que en esta Provincia el movimiento patriótico del 20 de julio, en la capital del Virreinato, fué comprendido y apoyado sin tardanza. Poco después se reunieron en la capital de la Provincia los Diputados de los Cabildos o Municipalidades, y como aquellos próceres ingenuos e inexpertos se hacían la ilusión de que la forma federativa al modo norteamericano era aplicable al país, se dieron a la tarea de expedir una Constitución llena de detalles curiosos sobre garantías individuales, y nombra-

ron Presidente del ideal y flamante Estado de Antioquia al Dr. D José Antonio Gómez Londoño y por muerte de éste le sucedió en el mando el Dictador D. Juan del Corral.

Por aquel tiempo moraron en Medellín dos de los próceres de la Independencia más señalados por su saber y virtudes domésticas y sociales, los Dres. José Félix de Restrepo y Francisco José de Caldas, ambos aficionados a la enseñanza, quienes abrieron aulas y a ellas acudieron con entusiasmo varios de los jóvenes de más despejada inteligencia y mejores disposiciones para aprovecharla, entre ellos Alejandro Vélez, Juan María Gómez y Pedro Uribe Restrepo. Pero la enseñanza secundaria no empezó a funcionar con regularidad sino desde la apertura del Colegio Académico o provincial, en 1822, bajo la Administración del General Santander, y sobre la materia dan bastantes luz los escritos de los Dres. Emilio Robledo, Alvaro Restrepo Euse y Julio César García, uno de ellos, el del primero, laureado en el concurso del Centenario de la Universidad de Antioquia, en 1922.

Antioquia contribuyó a la obra de la Independencia de Colombia con sangre preciosa y abundante, y con dinero, más que ninguna otra Provincia, como lo declaró el Vicepresidente Santander en una carta al Libertador. Y de los hijos ilustres que en aquel tiempo hicieron grandes servicios a la Patria, bastaría citar los nombres de los más conspicuos, Francisco Antonio Zea, Félix y José Manuel Restrepo, Atanasio Girardot, Liborio Mejía, José María Salazar, José María Córdoba, Juan María Gómez, Jorge Ramón de Posada, Juan de Dios Aranzazu y Alejandro Vélez.

La historia de Antioquia bajo el régimen republicano, estudiada por todos sus aspectos: religioso, civil, político, militar, docente e industrial

y particularmente lo que concierne al desarrollo del régimen municipal y del gobierno constitucional etc., requiere la consagración de un investigador de ánimo perseverante y esforzado, de recto y sereno criterio y de pluma bien tajada. (1)

En esa materia, que tanto se echa de menos en el hogar doméstico y en nuestros establecimientos docentes, sería de particular importancia un capítulo preliminar que diera luz suficiente sobre la indumentaria, métodos alimenticios y las demás costumbres de los habitantes de este suelo, dominadores y sometidos, desde la llegada de las primeras excursiones de los españoles; las relaciones de ambas razas y la manera como se fueron suavizando las costumbres y desarrollándose las industrias agrícola y minera y el comercio, difundiendo la instrucción elemental, y en síntesis, preparándose el terreno para el advenimiento de la administración provincial que surgió en 1831, al constituirse la República de la Nueva Granada, separadamente de las demás secciones de la antigua Colombia.

Quiera la Divina Providencia inspirar bien a los habitantes de Antioquia para que cooperen diligente y amorosamente al adelanto de la civilización cristiana y a la honra y esplendor de la raza, que necesita no descuidar el cultivo de la enseñanza evangélica y de los sentimientos de justicia y benevolencia, noble interés por el bien público, pundonor y lealtad!

Medellín, octubre-1823.

(1) En ese compendio histórico no podría olvidarse el bellissimo escrito del distinguido estadista y virtuoso ciudadano D. Marco Fidel Suárez (en carta al Sr. Nieto Caballero) sobre las costumbres de la antigua Antioquia, la patriarcal. (Véase la obra Veinticinco años a través del Estado de Antioquia por E. G. B., página 234.)